

nómicas y no por convicción. Ninguno de ellos realiza una actividad delatora de planes específicos del Eje respecto al tercer mundo; los "saboteadores nazis" jamás entraron en acción. Nunca se comprobó el abastecimiento de combustible de submarinos alemanes en costas colombianas y queda descartada la tesis de que el hundimiento de tres goletas colombianas ocurriera dentro de "actos de guerra" nazis. Las conspiraciones difícilmente nos hacen pensar en acciones nacionalistas "nazis" más que en los rumores y tretas de los aliados para fustigar la persecución antinazi, como lo demuestra el caso del golpe en Bolivia, supuestamente atribuible a un general pronazi, por maniobras inglesas que al fin fueron desenmascaradas. Tampoco se comprobó la existencia de pistas de aterrizaje clandestinas, desde las cuales obrarían militarmente aviones alemanes; en cambio, el rumor, delatado como netamente estadounidense, prendió la polémica de la amenaza a la soberanía nacional que constituía el interés por divulgar semejante noticia. Ni el falangismo de Laureano Gómez ni el antisemitismo de López de Mesa tienen en el libro una sustentación ideológica en el nazismo, diferente de la estadística y de la coincidencia de intereses parciales, así como las presuntas revueltas de orientación nazifascista que encararon los gobiernos de Santos y López Pumarejo: el mismo trabajo estadístico confirma que se trataba de movimientos eclécticos —incluso con la Iglesia católica como integrante—, puestos en el contrapeso que a la oficialidad liberal hacía el partido conservador, teniendo como base la crítica a la dependencia de Estados Unidos y, su correlativo y

coincidente con un elemento nazi, el nacionalismo.

Una "Colombia nazi", donde el nazismo no asoma una faz de conjunto, pero donde la realidad de dependencia de los Estados Unidos y su opuesto, los sentimientos antiestadounidenses, conforman todo el cuadro.

OSCAR TORRES DUQUE

Fiesta en corraleja

El mundo de las corralejas

Juan Santana Vega

Caja de Previsión Social de Córdoba,
Montería, 1986, 128 págs.

El libro de Juan Santana Vega acerca de las famosas fiestas de toros del Sinú representa un valioso esfuerzo en cumplimiento de la tarea apenas iniciada de asomarse, con una mirada comprensiva, a esa importante manifestación de la cultura popular de la costa caribe colombiana.

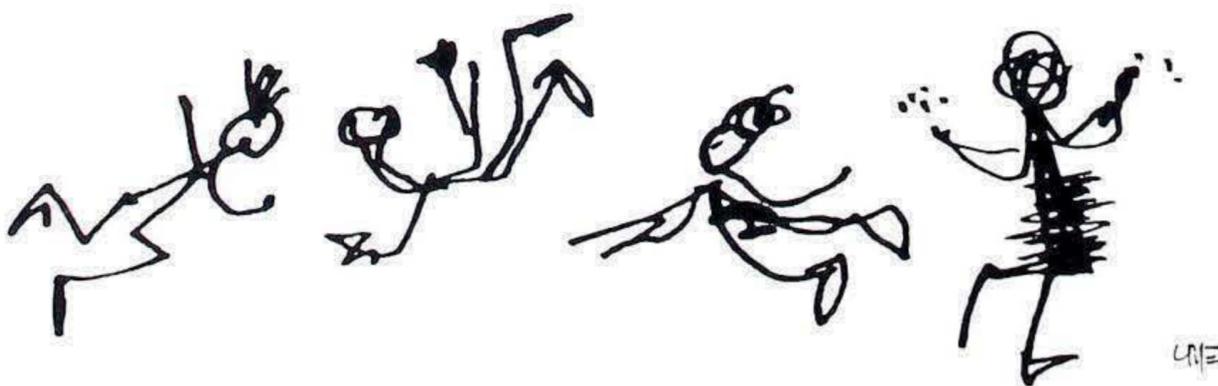
Explorando un terreno incierto, en el cual, a poco andar, se tropieza ya con la leyenda, el autor intenta descubrir no sólo el origen inmediato, sino también el remoto de estas singulares corridas de toros. En procura de aclarar este último, reproduce en su libro la conocida tesis que habla de la génesis mediterránea de la llamada fiesta brava y se complace en recordarnos las legendarias historias del Minotauro de Creta y aquella de Urso, el gigante gladiador libio, quien,

para rescatar indemne a su mujer, hubo de dar muerte al toro asesino a cuyo lomo ella había sido atada en el circo romano.

Más adelante, Santana adhiere a quienes toman partido por la filiación ibérica de las primeras lidias de toros enfurecidos con propósitos de pública diversión, y no vacila en señalar a España como "la cuna de la tauromaquia". De allí, la fiesta habría-se trasladado a América en tiempos coloniales, hecho del cual brinda testimonio la figura de don Luis de Velazco, virrey de la Nueva España, "quien para celebrar una gran victoria militar [. . .] alanceó un toro en la plaza de ciudad de México".

El punto culminante de lo que pretende ser algo así como una sinopsis histórica de las corralejas es, precisamente, su nacimiento en tierras de la costa norte colombiana. Curiosamente, los datos en que se apoya la investigación de Santana sitúan todos la eclosión de estas fiestas en fecha posterior a la independencia de la Nueva Granada, en el tercero o cuarto decenio del siglo precedente. Las distintas versiones aludidas coinciden en señalar la celebración del cumpleaños de algún acaudalado estanciero de Sucre como la ocasión propicia para el nacimiento de este singular tipo de corridas. A fuer de ello, el monteriano parece hallarse de acuerdo con quienes sostienen, apoyados en la detallada referencia que de los antecedentes toreros del altiplano registran las célebres crónicas de Cordovez Moure, que las corralejas tienen su antepasado más inmediato en las fiestas de toros de Santafé de Bogotá.

Lo demás —que constituye la parte más voluminosa del cuerpo del libro— es una descripción, elaborada con algún detalle, de los pormenores de la fiesta en Corraleja. Allí se da razón de la manera como se construye la *corraleja* o plaza de toros; de las variaciones que, a través del tiempo, ha sufrido el ganado utilizado para la lidia, desde los viejos toros cimarrones, pasando por el tardo cebú, hasta llegar a los actuales ejemplares de media casta (fruto del cruzamiento de ganado criollo con astados de pura casta española); allí también se trata de los manteros o toreros crio-



llos de a pie, de los garrocheros o picadores; se conversa acerca del fandango y de los toros y toreros más famosos. Y, en verdad, todo este relato puede llegar a revestir gran significación para quienes, en adelante, deseen emprender una investigación más ambiciosa de las corrales del Sinú. Por lo pronto, es preciso apuntar que el trabajo de Santana es ameno y se halla enriquecido por buen número de anécdotas de corte periodístico.

Si algo resta por comentar del libro de Juan Santana Vega es lo referente al enfoque, al punto de vista desde el cual se ha conformado este interesante documento sobre la más popular de las fiestas del Sinú. El autor, sin lugar a dudas, escribe desde fuera, desde una óptica exterior a la fiesta y al peculiar modo de ser de las gentes de aquella zona del país. Que se trata de un hombre oriundo de la región, ¿quién lo duda? Pero, no es menos cierto que el ángulo desde el cual se analiza el espectáculo se corresponde a cabalidad con una visión totalmente civilizada en sentido europeo y muy, muy contemporánea.

De allí que lo que podría ser, sin más, un ameno relato, aparece enturbiado por la presencia de una mirada trivialmente racionalista, que no se para en pelos para censurar esto o aquello, y siempre para hacerlo desde el mismo punto de mira bachillesco, aderezado con las más conmovedoras y democráticas declamaciones humanitarias.

Habría que agradecer a Santana, sin embargo, el hecho de que, desde la misma Introducción, nos confiese con ingenua sinceridad su enfoque condenatorio de la fiesta de su pueblo, por salvaje, sanguinaria y anacrónica. Nos quedaremos, en cambio, sin saber nada acerca de los sentimientos que animan a todos aquellos hombres y mujeres de carne y hueso que participan con la más honda emoción de esta fiesta, verdadera "liturgia de los toros", como la llamó Lorca, capaz de albergar en sí misma una de las tradiciones eternas de la raza humana, cual es la de los sacrificios sangrientos.

Pues, por encima o por debajo de la utilización que se haya pretendido hacer de las corridas de toros del Sinú para fines políticos, económicos o publicitarios, la esencia de este espectáculo donde oficia la muerte permanece intacta, como parecen atestiguarlo los quejumbrosos reclamos del autor, los cuales —dicho sea de paso— suscribiría quizá gustosamente cualquiera de las asociaciones defensoras de animales. La verdad es que quien asista a esta fiesta con propósitos de divertirse, como quien va al cine o al *café-concert*, tendrá que salir, necesariamente, defraudado, pues topará con un ambiente sobrecogedor, atravesado, por así decirlo, de una intensa agonía, y porque, en fin de cuentas, la muerte nunca suele ser divertida.



Quedémonos, pues, con las a veces amenas descripciones de estos tradicionales festejos, en los cuales refulege con brillo metálico nuestro origen español y católico, cuyo principal acto litúrgico, la misa, no es otra cosa que la representación simbólica del sacrificio sangriento de una víctima inocente, no ya animal, ni siquiera humana, sino —permítasenos decirlo— divinamente humana. "La sociedad costeña, por el lado de las corrales —dice Santana— está viviendo en una época anterior al año 1567"; y en este sentido limitado, tal vez sea verdad, en tanto esta tradición hunde sus raíces en aquellos tiempos "oscuros" de la Contrarreforma, que produjeron a seres

tan extraordinarios e "irracionales" como san Juan de la Cruz, santa Teresa de Jesús o don Jorge Manrique, caracteres todos ellos dignos de severos reproches, si se los atisba desde la óptica miope de la época del automóvil, la tele y el computador.

Ya desde otra orilla, resulta más bien lamentable que las hermosas tradiciones de los pueblos de nuestra costa caribe —y, por extensión, las de toda Colombia—, en las cuales se plasman, unidos de manera armónica, los dispares temperamentos de las razas y culturas que componen el espectro de nuestra nación, se hallen hoy en vías de extinción, en la misma medida en que ganan terreno las discotecas, la salsa, el deporte, el cine, la literatura cosmopolita y el *rock*. Con estas poderosas manifestaciones de la industria de la cultura o de la cultura de la industria se viene reemplazando y acabará por suplantarse de manera absoluta la corraleja y el fandango, elemento fundamental de ciertas conmemoraciones católicas (los Santos Reyes, el Dulce Nombre de Jesús, la Candelaria, la Concepción, el Sábado de Gloria, etc.). Al inoculable sabor pagano que también abrigan, sin duda posible, estas celebraciones, debido, acaso, a la particular calidad del mestizaje del pueblo que las ha hecho nacer, darán, entonces, pronta explicación los académicos echando mano del término *sincretismo*, a estas fechas uno de los más socorridos.

Lo más probable, en todo caso, es que, como lo prevé el texto en consideración, "estos espectáculos bárbaros y crueles" que "no tienen razón de ser o no encajan en el marco de un mundo moderno que clama la implantación de nuevos cánones sociales y morales", quedarán muy pronto borrados para siempre, precisamente, porque adolecen del mayor de los pecados actuales, cual es el de "no encajar en el marco del mundo moderno", uno de cuyos numerosísimos adalides es, sin asomo de escepticismo, nuestro periodista Santana Vega. Empero, todos aquellos hombres y mujeres que, por millares, aún se agolpan en las corrales de los pueblos de Córdoba y de Sucre, junto con algunos de sus sinceros amigos,

no podrán dejar de constatar aquella pérdida irremediable sino con indecible melancolía.

GERMAN PINTO

Historia agraria

Ensayos de historia agraria colombiana

Jesús A. Bejarano A.

Fondo Editorial Cerec, Bogotá, 1987,
204 págs.

Tres ensayos, los dos primeros ya publicados por la Universidad Nacional, respectivamente en el Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura (1983) y en la revista Cuadernos de Economía (1980), y un tercero hasta ahora inédito, intentan, al decir del autor, abrir un tema inexplorado: el desarrollo técnico de la agricultura colombiana en el largo período anterior a 1950. "Es casi nada —afirma— lo que sabemos sobre las haciendas no cafeteras, sobre la ganadería, sobre los cultivos diferentes al café, sobre las técnicas, sobre la fuerza de trabajo, sobre las políticas agrarias y aun sobre las dimensiones regionales y locales de la misma Violencia".

Desde fines de los años setenta, la historia en Colombia tomó un rumbo distinto del tradicional. La nueva concepción ha dado por llamarse, con los años, la "nueva historia", y se basa en una concepción materialista aunque profundamente crítica de las antiguas instituciones, por medio de instrumentos como la lucha de clases, que sin duda había sido hasta entonces totalmente olvidado.

Fundamentalmente es un híbrido entre la historia económica y la historia social. Esta "nueva historia" se plantea la necesidad de jerarquizar los hechos alrededor de un proceso central, "a partir preferentemente de los procesos económicos y sociales" (pág. 84).

El ensayo inicial, de título bastante extenso, "Campesinado, luchas agra-

rias e historia social: Notas para un balance historiográfico", investiga en primer lugar la formación del campesinado en Colombia.

Para la historia social, los anales del tercer mundo han sido en buena parte el resumen de las revoluciones campesinas, omitidas por los historiadores "tradicionales", abandonados por entero a una simple historia institucional y militar. Los problemas agrarios eran contemplados a partir de las instituciones coloniales, o bien eran subsumidos en el campo estrictamente legal. Nada se decía de hacendados, trabajadores libres o pequeños propietarios, y mucho menos se aludía a las formas posibles de mestización.

El autor intenta desmitificar la presunta "feudalidad" colonial, tomada de moldes extraños, para realzar la importancia del mestizaje y del vecindario sobre la formación del campesinado, dejando a un lado el trabajo asalariado y explorando las circunstancias aun enigmáticas por las cuales se produjo la servilización de la fuerza de trabajo y en especial de los indios, y concluye que no parece conveniente la generalización de un solo modelo para resolver la cuestión. El siglo XIX es particularmente oscuro, quizá, como lo señala Melo, porque su historia ha sido ante todo una historia política. Los campesinos de entonces parecen no existir.

La fuerza de trabajo habríase fijado alrededor de las zonas de exportación en las formas de arrendatarios, aparceros y agregados, sujeciones de naturaleza semiservil, resultantes de la escasez de mano de obra. Los aspectos claves del análisis parecen ser las diversas regiones y los diferentes períodos; por ejemplo, en el occidente cafetero con su característico trabajo familiar independiente por el sistema de "contratos", especie de aparcería sin trabajo forzoso, o en el oriente con su proceso de diferenciación social sin conexiones con la economía.

Para Bejarano, si se quiere explicar la gran mayoría de los procesos conducentes a la creación del campesinado y hasta la misma Violencia, se ha de indagar acerca de las diferenciaciones sociales y económicas que

fueron surgiendo en el interior de las haciendas.

El malestar rural que se inicia en los años veinte es por el momento materia de incipientes hipótesis y de explicaciones causales bastante débiles, que se han centrado, para justificar la rebeldía campesina, en una imaginada situación oprobiosa dentro de las haciendas. Si bien el campesino no tiene "temperamento revolucionario intrínseco" (Landsberg), el hecho es que a partir de entonces empezó a sentirse el malestar. La respuesta, para Bejarano, debe buscarse en el interior de las haciendas. Estas habríanse expandido a partir de la fragmentación de viejos latifundios de origen colonial o a partir de las tierras baldías. La abundancia de éstas descartaría la lucha por la tierra como eje fundamental de los conflictos. Se ha sugerido, a pesar de no existir ningún estudio sistemático, que hacia los años veinte se agotó la frontera agrícola. También es preciso explicar cómo la acción política se introdujo en el campesinado. Se sabe que hacia esa época se dio la impugnación jurídica de la hacienda (región del Sumapaz), y en 1928 se expidió el decreto sobre baldíos que dio lugar a la formación de ligas de colonos. Simultáneamente, el naciente partido comunista comenzaba a organizar siembras clandestinas, invasiones de tierras, ligas campesinas y sindicatos agrarios. Las transformaciones agrarias durante la república liberal, con su política de parcelaciones, son un

